



Guillaume Durocher

Traducción: Carlos X. Blanco

1ª PARTE

David Engels es profesor de clásicas en la Universidad Libre de Bruselas (ULB) de habla francesa [actualmente es investigador en Polonia, N.del T.]. Mientras que la mayoría de los académicos y sus obras languidecen en una relativa oscuridad, Engels, de 38 años [tégase en cuenta que el artículo es de 2018, N. del T.], ya se ha hecho un nombre como crítico cultural conservador, conocido por sus artículos de opinión y entrevistas en los principales medios de comunicación, así como por su *best-seller* que compara la decadencia de la antigua Roma y la Europa moderna:

Européene y la chute de la République Romaine

[La Caída, La crisis de la Unión Europea y la caída de la República Romana: algunas analogías históricas] [1].

Procedente de la pequeña comunidad germanófona de Bélgica, Engels escribe sobre Europa desde una perspectiva refrescantemente multinacional, recurriendo a fuentes inglesas, francesas y, sobre todo, alemanas, así como, por supuesto, a la vasta literatura griega y romana que se conserva. Con más de 600 notas finales y numerosos gráficos y estadísticas, el libro de Engels está escrito con una escrupulosidad teutónica.

La tesis de Engels es sencilla y convincente: hay muchos paralelismos entre la República Romana tardía (el periodo que va aproximadamente desde la destrucción de Cartago en el 146 a.C. hasta la fundación del Principado por Augusto en el 27 a.C.) y la Unión Europea actual:

Hay sobre todo una decadencia etnocultural general, que hace inevitable el paso a la política autocrática. Engels enmarca su provocativa tesis de tal manera que todavía es considerado lo suficientemente respetable por la academia y los medios de comunicación, y por lo tanto es tratado como un interlocutor responsable pero crítico.

El paralelismo entre la República Romana tardía y la Unión Europea actual resulta algo forzado en algunos puntos, pero en realidad sirve de útil dispositivo de encuadre para comparar y debatir las tendencias sociales de estas dos sociedades tan diferentes. En concreto, Engels estructura la obra comparando la opinión pública europea sobre diversos temas (identidad, familia, democracia...) expresada en las encuestas del *Eurobarómetro* con la evolución romana expresada en las fuentes conservadas. Esta estructura un tanto extraña funciona, sin embargo, y yo diría que

Le Déclin

es una buena introducción a la historia republicana tardía de Roma. Engels reconoce además que muchos de los síntomas de decadencia de Europa son también evidentes en todo Occidente en general (255).

Las observaciones de Engels sobre la política contemporánea de la UE -el vaciamiento de los procesos democráticos y de los derechos civiles, el reduccionismo económico, el creciente abismo entre la élite y el pueblo, el aumento de la intolerancia ideológica, etc.- dan en el clavo, y desde entonces casi se han convertido en opinión recibida. A continuación me centraré especialmente en el análisis de Engels sobre la decadencia romana. Como resultará evidente, la experiencia romana, uno de los logros verdaderamente épicos de la historia política occidental, ofrece muchas lecciones para nosotros hoy en día.

Multiculturalismo y decadencia romanos

De especial interés para mí fue la recopilación que hace Engels de una cantidad sustancial de pruebas sobre la percepción que tenían los propios romanos de su cultura e identidad tradicionales en declive frente al creciente libertinaje, escepticismo y multiculturalismo. Engels muestra de forma persuasiva que el colapso del cuerpo ciudadano nativo y la solidaridad cívica fueron cruciales para la caída de la República y el ascenso del Imperio autocrático. La pequeña república marcial romana fue destruida por su propio éxito -un rasgo recurrente de la historia occidental- su gran imperio royendo los cimientos de su forma de vida cívica.

Engels comienza con la observación de que Europa se enfrenta hoy a una crisis de identidad, que señala con razón que es fundamental para la solidaridad social. El hecho de que las

minúsculas ciudades-estado griegas fueran capaces de luchar contra el enorme Imperio Persa gracias a su intenso patriotismo "*demuestra que la cohesión y el valor de un cuerpo político reside en la fuerza de su identidad, y no en sus riquezas y territorios*" (14).

Ya en los primeros destellos registrados de la conciencia helénica, Homero había contrastado los cacicazgos de los aqueos conquistadores, vigorosos y monoétnicos, con el estado troyano asentado, decadente y multiétnico. Tras sus tremendas conquistas, los generales de Alejandro Magno sustituyeron las ciudades-estado étnicamente excluyentes por las monarquías helenísticas culturalmente sincréticas y multiétnicas. Engels escribe sobre los numerosos conflictos étnicos de aquella época:

"Así, incluso las ciudades pequeñas tenían ahora un carácter mucho más cosmopolita que las antiguas poleis griegas, de ahí las dificultades para crear una auténtica cohesión cívica. Este resultado también estaba legitimado por el nuevo ideal cosmopolita de los estoicos y los cínicos, para quienes el griego culto era primero ciudadano del mundo antes de ser ciudadano de una ciudad. El resultado fue que la mezcla cultural no fue en absoluto armoniosa: sean los numerosos conflictos armados internos que marcaron la vida cotidiana en Alejandría, los asesinatos de ciudadanos griegos por parte de sus compatriotas orientales en el Imperio Parto, las interminables luchas entre judíos y helenos en Palestina. Se dice que Polibio [el historiador grecorromano] criticó el lamentable estado de Alejandría, distinguiendo un componente egipcio "vivo e irritable", un componente mercenario de mano dura, tosco e indisciplinado, y un componente alejandrino, casi tan ingobernable aunque "superior" a los otros dos por sus orígenes griegos. ... Este tipo de argumentación étnica se convertiría en moneda corriente en la Antigüedad helenística como explicación de la aparición de tensiones cívicas. En general, era compartida por muchos no griegos reacios a helenizarse, viendo en la nueva élite [griega] la causa de todos sus problemas. Así lo demuestra el famoso Oráculo del alfarero, que anuncia en términos apocalípticos el reinado y la inminente caída de los griegos, así como la destrucción y desolación de Alejandría". (67-68)

El Mediterráneo occidental experimentó una transformación similar con las conquistas de Italia y del resto del Mediterráneo por parte de la República Romana a partir del siglo IV a.C. Roma, en contraste con las ciudades-estado griegas, siempre había tenido una tradición asimiladora que se remontaba a sus mitos fundacionales. Sin embargo, esta tradición se vio desbordada, ya que los inmigrantes que llegaban eran demasiado numerosos y diversos. Engels escribe que la inmigración masiva agravó las divisiones de clase y rompió la solidaridad cívica en la sociedad romana:

“La llegada masiva de italianos empobrecidos [de habla itálica en Italia] y el paulatino empobrecimiento de los romanos aumentó aún más el abismo entre las clases bajas y la élite gubernamental y económica de senadores y ecuestres. Esta brecha condujo a una falta de homogeneidad y concordia tal que, en lugar de un cuerpo de ciudadanos, Roma estaba poblada por una multitud aparentemente sin ninguna cohesión ni ningún ideal ”. (69)

El problema era tan grave que en el año 65 a.C. se promulgó la *lex Papia peregrinis*, que prohibía a los no itálicos establecerse en Roma y, al parecer, desalojaba a todos los posibles, a instancias de un representante del pueblo:

“Mientras tanto, todos los extranjeros residentes en Roma, excepto los habitantes de la actual Italia, fueron desterrados a instancias de un tal Gayo Papio, un tribuno, porque estaban llegando a ser demasiado numerosos y no se les consideraba personas aptas para habitar con los ciudadanos ”. (Dión Casio, 37.9.5)

Esta medida de corta duración fue posteriormente condenada con dureza por el político Cicerón: *“Es razonable, por supuesto, que los no ciudadanos no tengan derechos de ciudadanos. ... Pero es totalmente inhumano excluir a los extranjeros del disfrute de la vida de la ciudad ”* (Sobre los deberes, 3.47). Engels describe así la inmigración masiva de Oriente Medio a Roma y la oposición a la misma:

“Pero la inmigración no se limitaba a los italianos. Cada vez más, la llegada masiva de esclavos “bárbaros”, de prisioneros de guerra, de simples comerciantes o de inmigrantes de todas partes transformó la composición étnica de Roma, así como la de toda la península. La abrumadora presencia de extranjeros procedentes del Oriente sirio -se encuentra la huella de ello en las famosas inscripciones bilingües del Museo del Capitolio- provocó las quejas xenófobas de muchos nativos. Si Ateneo llamaba a Roma “resumen del mundo” y describía su carácter cosmopolita y multicultural en términos laudatorios, Juvenal, en cambio, era uno de sus principales críticos. Así, en su famosa Tercera Sátira, describe la vida en la megalópolis enumerando los incendios, los edificios que se derrumban, los atascos, los accidentes, las multitudes, el crimen y las disputas. Pero subraya especialmente el motivo más insoportable de todo ello: la presencia de numerosos extranjeros. En ocasiones, acercándose al racismo, habla de Roma como una intolerable Graeca urbs [ciudad griega], en la que los griegos ya no son auténticos aqueos, sino dudosos orientales helenizados (71, véase Juvenal, Sátiras, 3.58-65).

Juvenal no fue el único en criticar los cambios étnicos en Roma o en ser crítico con otros

grupos étnicos. Cicerón consideraba que *"las naciones judía y siria han nacido para la esclavitud"* (Sobre las provincias consulares, 10). El historiador Livio estaba de acuerdo con esta valoración de los sirios, considerándolos *"los más mezquinos de la humanidad, y nacidos sólo para la esclavitud"* (Livio, 36.17.5). Estas opiniones estaban muy extendidas. Roma intentó varias veces, aparentemente por motivos religiosos, expulsar a los inmigrantes judíos y caldeos de Oriente Medio, sin éxito duradero (71). Casio Dión escribió sobre los judíos: *"Esta clase existe incluso entre los romanos, y aunque a menudo reprimida ha aumentado en gran medida y se ha ganado el derecho a la libertad en sus observancias. Se distinguen del resto de la humanidad en prácticamente todos los detalles de la vida. ... Adoran [a su Dios] de la manera más extravagante de la tierra"* (Dión Casio, 37.17). En contraste con los galos y los españoles tras su conquista y asimilación, los romanos parecen haber considerado siempre a sirios, egipcios y judíos como "otros"[2] y siempre les llamó la atención el extraordinario fanatismo etnorreligioso de los judíos. El historiador Dionisio de Halicarnaso se quejaba de que la población romana también estaba siendo modificada por la emancipación de numerosos esclavos, muchos de los cuales aparentemente eran delincuentes, diciendo *"es indecoroso que una ciudad dominante que aspira a gobernar el mundo entero haga ciudadanos a tales hombres"* (Antigüedades romanas, 4.24.5-6).

Esta inmigración condujo a una completa transformación de la ciudad de Roma, de modo que en el siglo I d.C., el filósofo Séneca escribió que la mayoría de la población era de origen extranjero y que tendencias similares eran evidentes en todas las ciudades importantes del imperio:

"Considera esta multitud de gente [en Roma], para la que las casas de nuestra vasta ciudad apenas son suficientes: la mayoría de este número está privado de su país. Han acudido aquí desde sus pueblos y colonias, en fin, desde todas las partes del mundo: algunos han sido atraídos por la ambición, otros por la obligación de un servicio público, otros por el cargo de enviado que se les ha confiado, otros por el lujo buscando un campo adecuado y rico para el vicio, otros por el deseo de estudios superiores, otros por los espectáculos públicos; algunos han sido atraídos por la amistad, otros por el apetito de trabajo, viendo el generoso campo para desplegar la energía; algunos han traído su presencia física para ponerla a la venta, otros su elocuencia. No hay clase de persona que no haya acudido a la ciudad con sus altos premios establecidos para la virtud y el vicio por igual. Haced que los citen a todos para que respondan a su nombre y preguntad a cada uno de ellos: "¿A qué casa llamáis?": Verás que más de la mitad de ellos han abandonado sus propios hogares y han venido a esta ciudad, que es ciertamente de gran tamaño y belleza, pero que no es la suya. Entonces deja esta ciudad, que puede ser descrita, en cierto sentido, como perteneciente a todos, y viaja de una ciudad a otra:

cada una de ellas contiene un gran número de habitantes de partes extranjeras ". (Consolación a Helvia, 6).

El viejo poeta Ennio había dicho célebremente: "*Moribus antiquis res stat Romania uirisque*" (El Estado romano sobrevive por sus antiguas costumbres y su hombría), subrayando con razón el papel esencial de la cultura en la determinación del éxito de una nación y de un Estado. La cultura romana se había definido por una ética hipermasculina de servicio y honor, que incluía tener familias autoritarias bajo el

paterfamilias

, una glorificación del servicio militar (se suponía que eran necesarios diez años de servicio militar para ocupar un cargo político) y una gran religiosidad.

Engels presenta considerables pruebas de que el declive de las costumbres tradicionales contribuyó a la caída de la fertilidad y el patriotismo de la población romana. Tanto en Grecia como en Roma, el individualismo, el divorcio, el celibato y la falta de hijos aumentaron, al menos entre las élites, según observadores tan diversos como Polibio, Tácito, Varrón, Séneca y Propertio. Petronio escribe de forma reveladora que los hijos se convirtieron en un impedimento para la carrera profesional:

"En esta ciudad nadie cría hijos, porque quien tiene herederos de su propia estirpe nunca es invitado a cenar o al teatro; se le priva de todas las ventajas, y yace en la oscuridad entre los de abajo. Pero los que nunca se han casado, y no tienen parientes cercanos, alcanzan las posiciones más altas; sólo ellos, es decir, son considerados soldados, galanes, o incluso buenos ". (*Satyricon*, 116).

Una observación que todavía resuena, dada la prevalencia de los yuppies occidentales que trabajan en las ciudades durante sus años más fértiles y el increíble predominio de los líderes políticos sin hijos en toda Europa hoy en día.

Aunque esta crítica conservadora sobre la disminución de la virtud familiar es sin duda común a todas las épocas, Engels informa de que "*este declive demográfico, al menos en lo que respecta a las clases altas, está confirmado por las pruebas epigráficas*

" (80). Además, según los censos oficiales, entre el 164 y el 131 a.C. la población de ciudadanos libres disminuyó de 337.022 a 318.823, en marcado contraste con el constante aumento de la población inmigrante.

El declive de la cultura tradicional romana también se hizo patente en el ámbito de la religión. Los romanos habían llamado con orgullo a sus antepasados *religiosissimi mortales* (los más religiosos de los mortales) y Polibio había atribuido, de forma reveladora, la excelencia del estado romano sobre todo a la excepcional piedad de los romanos[3] Aquí también la religiosidad disminuyó con la difusión de las filosofías helenísticas escépticas y la conciencia de la manipulación política de los oráculos (que Cicerón, él mismo un augur, discute) y la inverosimilitud de los mitos tradicionales.

NOTAS

[1]El libro se publicó por primera vez en alemán con el título *De camino al Imperio* en 2014, pero he reseñado la edición francesa aumentada de 2016, traducida por el propio autor. David Engels, *Auf dem Weg ins Imperium. Die Krise der Europäischen Union und der Untergang der römischen Republik*

.
Historische Parallelen
(Berlín/Múnich: Europa Verlag Berlin, 2014).

[2]Por ejemplo, el filósofo Epicteto (c. 55-135 d.C.) contrasta repetidamente en sus conferencias a los judíos, sirios y egipcios, por un lado, con los romanos y/o griegos, por otro (*Discursos*, 1.11.12-13, 1.22.4, 2.9.20, 2.11.15).

[3]Guillaume Durocher, "Religious Piety in Sparta & Rome", *Counter-Currents.com*, 18 de enero de 2018.

[](https://www.counter-currents.com/2018/01/religious-piety-in-sparta-rome/)

<https://www.counter-currents.com/2018/01/religious-piety-in-sparta-rome/>

Fuente: *The Occidental Observer* (<https://www.theoccidentalobserver.net/2018/07/12/decline-and-empire-in-ancient-rome-and-the-modern-western-a-review-of-david-engels-le-declin-part-1/>)

2ª PARTE.

David Engels, *Le Déclin: La crise de l'Union européenne et la chute de la République romaine—quelques analogies historiques* Paris: Éditions du Toucan, 2016, 3rd ed.

Respuestas romanas conservadoras e imperiales

Las autoridades romanas, tanto republicanas como imperiales, no aceptaron pasivamente esta evolución. Engels observa que "*desde el siglo II a.C., un gran número de políticos conservadores se opuso con un marcado tradicionalismo a la helenización de la élite romana y a la orientalización de la población*" (142). Esto fue encarnado sobre todo por Catón el Viejo, que argumentaba que la cultura griega, que se había vuelto tan racional, escéptica y cosmopolita, significaría el fin de Roma:

"Sobre esos griegos, hijo Marco, te hablaré más extensamente en la ocasión oportuna. Te mostraré los resultados de mi propia experiencia en Atenas, y que, aunque es un buen plan sumergirse en su literatura, no vale la pena conocerla a fondo. Son una raza muy inicua e intratable, y podéis tomar mi palabra como la de un profeta, cuando os digo que cuando esa nación otorgue su literatura a Roma lo estropeará todo". (Plinio, Historia Natural, 29.7)

En cuanto a la inmigración, como ya se ha dicho, Cayo Papio, en nombre del pueblo, parece que intentó expulsar a los extranjeros no itálicos de la ciudad. Más tarde, Augusto limitó la emancipación de los esclavos, "*para que no llenaran la ciudad con una chusma promiscua; también para que no inscribieran a un gran número de ciudadanos, con el fin de que hubiera una marcada diferencia entre ellos y las naciones sometidas*" (Dión Casio, 56.33).

Los dirigentes romanos también intentaron contrarrestar el declive demográfico de los nativos. Ya en el año 131 a.C., el censor Quinto Metelo Macedonio instó a hacer obligatorio el

matrimonio. Más tarde, "para asegurar la supervivencia biológica de la élite romana, Augusto... decretó leyes muy impopulares" (83), entre ellas la de hacer obligatorio el matrimonio para los hombres de entre 25 y 60 años y dificultar el divorcio. Se supone que el emperador justificó las medidas de la siguiente manera:

“Porque seguramente no es vuestro deleite en una existencia solitaria lo que os lleva a vivir sin esposas, ni hay uno de vosotros que coma solo o duerma solo; no, lo que queréis es tener plena libertad para el desenfreno y el libertinaje. ... Porque vosotros mismos veis que sois mucho más numerosos que los hombres casados, cuando ya deberíais habernos proporcionado tantos hijos además, o más bien varias veces vuestro número. ¿De qué otra manera pueden continuar las familias? ¿Cómo puede conservarse el Estado si no nos casamos ni tenemos hijos? Y sin embargo, no es justo ni digno de crédito que nuestra raza desaparezca, y que el nombre de romanos se borre con nosotros, y que la ciudad sea entregada a los extranjeros, griegos o incluso bárbaros. ¿No liberamos a nuestros esclavos principalmente con el propósito de hacer de ellos el mayor número posible de ciudadanos? ¿Y no damos a nuestros aliados una participación en el gobierno para que nuestro número aumente? Y vosotros, entonces, que sois romanos desde el principio y reclamáis como antepasados a los famosos Marcii, los Fabii, los Quintii, los Valerii y los Julii, ¿deseáis que vuestras familias y nombres perezcan con vosotros?” (Dión Casio, 56.7-8)

Sin embargo, el propio Augusto se casó dos veces y tenía fama de licencioso. Su única hija biológica, Julia, era famosa por su libertinaje.

Augusto también trató de crear una identidad específicamente romana o itálica, a pesar de la inmigración, mediante esfuerzos en la educación, la propaganda y la arquitectura. Sin embargo, Engels considera que estos esfuerzos fueron un fracaso, ya que la cultura romana dio paso a una mezcla greco-mediterránea, especialmente en el ámbito de la religión, donde se importaron indiscriminadamente todo tipo de extraños cultos extranjeros.

En definitiva, aunque los romanos, al igual que los griegos, reconocieron la importancia de la biopolítica para la vida de la república en principio -por ejemplo, las duras medidas eugenésicas que se justificaron tanto en las Doce Tablas fundacionales del derecho romano como posteriormente por Séneca-, llama la atención la calidad fragmentaria y sin espíritu de estas medidas, en última instancia bastante ineficaces.

En el plano político, los esfuerzos de los republicanos de viejo cuño, como Cicerón o Bruto, por

preservar la República resultaron completamente inadecuados. Al final, Augusto pudo establecer un régimen autocrático purgando la conspiración republicana que habría impuesto, según él, "la tiranía de una facción" (197). La decadencia del antiguo cuerpo romano de ciudadanos-soldados y de la cúpula aristocrática, y el surgimiento de un estado militar-burocrático que señoreaba sobre masas multiculturales incoherentes, hicieron inevitable el surgimiento del Imperio autocrático de los Césares.

¿El giro imperial de Occidente?

El estudio de Engels sobre la historia de Roma es un poderoso argumento sobre la conexión entre la vitalidad etnocultural y la política cívica. Personalmente, me hubiera gustado saber más sobre el declive etnocultural romano en la época imperial. Además, la obra de Engels exagera el paralelismo estrictamente político entre la República Romana y la Unión Europea: la primera era un estado militar centralizado, mientras que la segunda es una confederación díscola análoga a las antiguas ligas griegas de ciudades-estado (una comparación de la que me habría gustado saber más). Como tal, parece bastante improbable que la UE se convierta en un auténtico imperio.

Al mismo tiempo, se podría argumentar que tales observaciones no tienen sentido: Engels pronostica que el actual paradigma liberal-democrático en todo Occidente es insostenible ante el colapso de la población autóctona y el auge de la política multiétnica. Una nueva forma de política posdemocrática, que ya es bastante evidente en la UE, es inevitable, ya sea en forma de élites liberales que adoptan medidas autoritarias para seguir aferrándose al poder (Alemania, Gran Bretaña y Suecia son, en muchos aspectos, estados policiales *políticamente correctos*) o en forma de una nueva ola de cesarismo populista (Hungría, Polonia, quizás Estados Unidos). Engels escribe que, dadas las tendencias demográficas, "*Eurabia*" es una predicción perfectamente creíble" (78) y ha declarado con frecuencia a los medios de comunicación que Europa Occidental se verá assolada por una guerra civil etnorreligiosa dentro de 20 o 30 años.

Engels aboga por aprovechar el inevitable ascenso de la política posdemocrática, a través de una Europa imperial:

"Los peligros de una dominación política por parte de los "mercados", de una revolución

autoritaria o de una guerra interétnica que se ciernen podrían evitarse, o al menos atenuarse. Así surgiría pacíficamente una Europa imperial moderada, lejos de la estrechez chovinista del anacrónico Estado nacional.... Por supuesto, esto no ocurriría sin un abandono del ideal universalista y sin un retorno de los valores tradicionales de los europeos ". (286)

Esta visión de un Imperio europeo, que recuerda más bien a las de Francis Parker Yockey o Richard Spencer, no será del gusto de todos y sería desastrosa mientras sigan en el poder los fanáticos de las fronteras abiertas, fanáticos realmente antieuropeos que actualmente prevalecen en la UE.

De hecho, Engels critica a las élites de la UE por adoptar una definición insípida y puramente geográfica de la identidad europea basada en "valores universales". Pero, señala que si esos valores son universales, ¿cómo diferencian a los europeos de otros pueblos? Sin respuesta. Engels observa que *"las masas populares... están en busca de sentido y están cansadas de lo "políticamente correcto" (24). Se lamenta de que "definir una identidad tan compleja como la europea con la sola referencia a una noción geográfica [como hace la UE] da testimonio de un espantoso vacío ideológico y sólo puede agravar el problema identitario" (51).*

Engels también reprocha a los dirigentes europeos que valoren la paz por encima de todo y renieguen de la historia del continente: *"¿Puede todo un continente construirse a sí mismo a través de la negación de su propia historia turbulenta y, por tanto, de los valores que trajeron esta historia? Se puede dudar de ello. ... La paz a cualquier precio y la condena de la hostilidad deben trabajar necesariamente para deconstruir la identidad" (201).* De hecho, la ciudadanía romana parece haber estado unida precisamente por la presencia de constantes amenazas externas y cayó en la división una vez que su imperio les dio una seguridad duradera. Pase lo que pase con la UE, a largo plazo debe prevalecer y prevalecerá un bloque o poder panoccidental y paneuropeo fundado explícitamente en el parentesco y la solidaridad étnico-cultural.

El estudio de Engels sobre la historia de Roma no debe llevarnos a un fatalismo pesimista, aunque ciertamente uno sale con una apreciación de las fuerzas profundas de la historia, a menudo bastante más allá del control incluso de las élites más influyentes. Es cierto que tanto Roma como Occidente han visto el declive de su cultura tradicional y de sus pueblos como resultado de la civilización y del imperio mundial. Sin embargo, las situaciones del Occidente moderno y de la antigua Roma son también muy diferentes, tanto en lo bueno como en lo malo. En el lado negativo, somos mucho, mucho más decadentes y afeminados que incluso los peores de los Antiguos, que tenían que vivir del sudor de su frente. La sociedad acomodada, al

menos en su versión liberal, ha conducido a una blandura general y a una intolerancia incluso a las molestias más leves, incluyendo un colapso de los niveles de testosterona y del recuento de esperma entre los hombres occidentales. Este colapso del espíritu (*thimós*) y de la virtud masculina (*virtus*) es quizás la causa fundamental de los problemas. Los pueblos que entran en Occidente, a menudo procedentes del África subsahariana y de las zonas más alejadas de Asia, son aún más radicalmente diferentes que los que inmigraron a Roma.

Al mismo tiempo, estamos viviendo con un nivel de tecnología elevado sin precedentes. Esto nos presentará innumerables amenazas y oportunidades difíciles de predecir, incluyendo un conocimiento más extendido de la ciencia biológica y un potencial incalculable para una biopolítica innovadora que reforme la población. En realidad, la era de la democracia de posguerra en Occidente siempre fue una especie de farsa, ya que los regímenes siempre estuvieron controlados por los medios de comunicación y las élites políticas oligárquicas relativamente estrechas. La historia siempre ha sido hecha por las élites y los estados siempre han sido dominados por las élites, a pesar de sus pretensiones democráticas. Si, como han dicho Engels y, de hecho, Yuval Harari, Occidente va a ser dominado por una élite posdemocrática, que sea una élite ilustrada, una élite animosa que comprenda las realidades biológicas y, sobre todo, que ame a su pueblo. Dejemos que nuestro pueblo se convenza de que nuestra preservación biológica y nuestro autocultivo en un sentido edificante es una empresa profundamente moral, la gran búsqueda de este siglo.

El propio Dr. Engels dice que se va de Bélgica porque "*no quiero que mis dos hijos crezcan en ese mundo. No quiero que piensen que lo que ocurre en las ciudades belgas es normal*". Tengo entendido que se traslada a Europa del Este, donde asesorará a los gobiernos de Visegrado, que, al igual que los romanos, han tomado medidas tanto para frenar la inmigración extranjera como para aumentar sus tasas de natalidad. Una palabra de exhortación: Sus esfuerzos nunca pueden ser demasiado enérgicos.

Bibliografía selecta:

Cicerón (trad. P. G. Walsh), *On Obligations (or On Duties)*, (Oxford: Oxford University Press, 2000).

Séneca (trad. John Davie), *Dialogues and Essays*, including "Consolación to Helvia," (Oxford: Oxford University Press, 2008).